

obedecerías, y que mientras dure la paz te obedeceré yo á ti. Recomendaba siempre á sus conciudadanos que no se aventurasen á nada, para no exasperar con la resistencia á Filipo; y si oía declamar contra este, ocupaba la tribuna y censuraba el discurso pronunciado en tal sentido. Si se proponía una expedición, decía: *Creo mejor recurrir á la súplica; pues es preciso ser ó los mas fuertes ó los amigos de los mas fuertes.* Y al pueblo: *Os aconsejaré la guerra cuando podáis sostenerla: cuando vea á la juventud valerosa y obediente: á los ricos ser dardiosos con la república, y á los oradores no enriquecerse á expensas de esta.*

En efecto, los oradores llevaban á la tribuna el frenesí de la victoria, y no el convencimiento de lo mejor; mientras que los sofistas enseñaban en la escuela á lidiar con las armas del ingenio y no á raciocinar. Espadas mercenarias defendían á Atenas; la juventud se entregaba á orgías: las rentas públicas se malgastaban en teatros y espectáculos, bajo pena de muerte al que propusiese darles otro empleo; se traficaba con la justicia; las magistraturas y los mandos se conferían por intrigas; la afición á una vida sensual había reemplazado á la sed de gloria, y el escepticismo y la burla á las creencias; y cuando se acerca un pueblo bárbaro á recoger la herencia de una civilización moribunda, su triunfo es infalible.

Filipo, una vez admitido en la sociedad helénica, y con derecho por consiguiente á ser respetado y obedecido por los Griegos, quiso dejar al tiempo el cuidado de consolidar los nuevos sentimientos; y volviéndose á Macedonia, como si en todo pensase menos que en la Grecia, llevó sus armas contra la Tracia, la Iliria y el Quersoneso, extendiendo su reino hasta el Danubio y el Adriático, y proporcionándose una excelente caballería ligera. En seguida, aumentándose con las empresas anteriores su osadía para acometer otras nuevas, y bajo el pretexto de que los Atenenses habían ayudado á sus enemigos, ocupó parte de la Eubea, region que él llamaba una de las ligaduras con que se podía atar á la Grecia, y puso sitio bajo leves pretextos á Perinto y Bizancio, con cuya posesión hubiera podido rendir por hambre á su gusto á Atenas. En este momento las Filípicas de Demóstenes despertaron de su letargo á los Atenenses, los cuales por su consejo buscaron la alianza del rey de Persia, mientras levantaban ejércitos, y confiaban su mando á Focion, quien con singular habilidad obligó á Filipo á retirarse.

Este, para distraer de nuevo la atención, marchó otra vez al Danubio, é hizo correrías por la Escitia, conmoviendo entretanto la Grecia por medio de sus emisarios. Habiendo los Locrenses de Anfisa reincidido en el sacrilegio de cultivar terrenos sagrados, les declaró la guerra; y Esquines, émulo de Demóstenes en elocuencia y vendido á Filipo, propuso y persuadió á los Anficionos que eligiesen al rey macedonio por capitán de los Griegos. Filipo, que no deseaba

otra cosa, se hizo de rogar por algun tiempo, y luego aceptando entró en Grecia, tomó á Platea, que era la plaza mas importante de la Fócide, y dejó entrever que no le movía solo el deseo de vengar al ofendido Apolo. Entonces los Tebanos se creyeron amenazados; Demóstenes tronó desde la tribuna, poniendo á la vista lo inminente del peligro; Atenas y la Beocia se coligaron. En vano les aconsejó Focion el mantenimiento de la paz; en vano fueron las sinietras respuestas de la Pitonisa; dióse la batalla de Queronea y los coligados llevaron la peor parte. El batallón de Epaminondas combatió como debía en la última lucha por la libertad, y los cuatrocientos perecieron todos (1); Demóstenes, arrojando el escudo, huyó; y Focion, que había sido excluido del mando, contuvo los ánimos, próximos á desesperarse.

Esta batalla entregó la Grecia á merced de Filipo, quien celebrándola alegremente, cantaba entre copa y copa el decreto lanzado contra él por Demóstenes. Pero el orador Demades, prisionero suyo, le dijo: *Si la fortuna te permite que seas Agamemnon ¿por qué quieres mostrarte igual á Tersites?* Esta justa observación hizo entrar en sí al Macedonio, y por un acto de generosidad envió libres los prisioneros á Atenas, renovó con esta los tratados y concedió la paz á los Beocios, dejando no obstante guarnición en Tébas.

Demóstenes juraba por las sombras de los héroes muertos en Platea, en el Artemisio y Salamina, que los Atenenses no habían hecho mal en emprender aquella guerra, y estos, pensando como él, le encargaron la obra de fortificar á Atenas, que veían amenazada por Filipo, y le decretaron una corona de oro, la cual le disputó vivamente Esquines.

Por mucho que declamase Demóstenes, exagerando, inducido de la ira y del deseo de alcanzar su objeto, nunca creeremos que Filipo quisiese destruir la nacionalidad de Tesalia y de Grecia, y si que tendía á abarcar en sus manos el mando supremo de naciones independientes. ¿Quién puede decir que esta liga monárquica no habría hecho la suerte de la Grecia mas afortunada y duradera? Por otra parte ¿quién le impedía subyugarla si tal hubiese sido su voluntad? Ocupar el primer lugar era únicamente lo que pedía por medio de embajadas y oradores, y esto mismo se propuso al promover de nuevo el asunto nacional de hacer la guerra á los Persas.

Corrian voces de que Artajerjes Oco, nuevo rey de Persia, amenazaba á Atenas con el designio de castigarla por haber socorrido á Farnabazo, sátrapa rebelde. Esta pareció ocasion oportuna á Filipo para ejecutar su otro gran

(1) En e poliandrio que se les erigió, se colocó un leon colosal de mármol blanco « en señal de su valor (dice Pausanias); pero ningún epitafio, porque la fortuna hizo traición al valor. » Los restos de este monumento, la cabeza, parte de las ancas y otros varios miembros han sido dibujados por Dupré, en el *Viaje á Atenas y Constantinopla*.

Batalla
Queronea, 3
de
agosto.
338.

Carácter
de
Filipo.

designio, que consistía en armar toda la Grecia contra el Asia, y representar el último acto de la gran tragedia de los Medos, quitando para siempre de en medio á un enemigo que, primero con las armas y luego con intrigas, había destrozado la Grecia. La ambición personal impulsaba á Filipo; pero el proyecto era grandioso, y ninguna otra empresa podía reunir mejor los ánimos de todos. Había antiguos y recientes ultrajes que vengar; las ciencias esperaban enriquecerse con nuevos conocimientos, los aventureros ganar nuevas batallas; la retirada de los diez mil, la expedición de Agesilao, las tentativas de Jason de Fères, presentaban como posible, y hasta fácil derribar el solio de Ciro.

De tan gran empresa solo Filipo podía ser jefe; pues ¿ á quién, sino á él, habían de proponer los oradores y los oráculos ganados con el cohecho? En vano gritaba Demóstenes: *¿Cómo no despreciáis á ese Filipo? Él no es Griego; nada tiene de tal, y ni aun entre los bárbaros procede de sangre ilustre: es un vil Macedonio, procedente de una tierra de donde jamas nos ha venido un esclavo que valiese algo.* El patriotismo falseaba el juicio ó exageraba la expresión de Demóstenes. Porque Filipo era, sin duda, corrompido y corruptor; pródigo de su oro con bufones, rufianes y Tesalios impúdicos; disimulador y simulador profundo; generoso nada mas que por cálculo; desvergonzado en la mala fe; despreciador de la raza humana, que creía fácil de aterrar ó de comprar; pero en medio de estos mismos vicios, se mostró algunas veces digno discípulo de Epaminondas. Ni podía llamarse bárbaro un hombre que gustaba de oír la verdad, tan amarga para los poderosos, y aun solía decir, que los oradores de Atenas le habían hecho un gran servicio reprendiéndole sus defectos, pues así podía corregirlos. Un prisionero, en el acto de la venta, le echó en cara mil faltas: *Ponedlo en libertad*, dijo Filipo; *ignoraba que fuese amigo mio.* Instigado á castigar á uno que hablaba mal de él, dijo: *Veamos ántes si le hemos dado motivo para censurarme.* Habiendo condenado á una mujer al salir de un festin, exclamó esta: *Apelo á Filipo en ayunas*; y él volvió á ver la causa y sentenció con mas justicia. Otra, á quien negaba audiencia, diciéndole *No tengo tiempo*, le respondió: *Cesa, pues, de ser rey.* Demócáres, embajador ateniense, le expuso su comisión con grande insolencia, y preguntándole Filipo, al tiempo de despedirlo, si podía ser útil en algo á la república, contestó: *Si, ahorcándote.* Los concurrentes prorumpieron en voces pidiendo su castigo, pero Filipo los aplacó, diciéndoles: *Dejad ir en paz á ese bufon*; y añadió, dirigiéndose á los demas embajadores: *Decid á vuestros compatriotas, que quien se insolenta de tal modo, es muy inferior al que, pudiendo castigar, perdona.*

Era mas bien el amigo que el jefe de sus sol-

dados. Adornó á Pella de edificios, y atrajo allí y protegió las bellas artes y las letras. Honraba el ingenio hasta en sus enemigos, y aspiraba á introducir en su reino las artes y la civilización que daban en el mundo tan gran celebridad á la Grecia. Cuando nació Alejandro, presuntó sucesor al trono, escribió á Aristóteles: *Tengo un hijo, y doy gracias á los dioses con tanto mayor motivo cuanto me le ha concedido viviendo tú. Espero que querrás hacerle digno de que me suceda.*

Repudió despues á Olimpia, hija del rey de los Molosos y madre de Alejandro, y se casó con Cleopatra. Atalo, tio de esta, dijo en un festin, que su sobrina daría á Filipo un heredero legítimo. *Pues qué, ¿soy yo acaso bastardo?* exclamó el jóven Alejandro arrojándole á la cabeza una copa. Encolerizado Filipo se levantó contra él; pero, tambaleándose á causa del mucho vino que había bebido, tropezó en los escaños y cayó al suelo: Alejandro se puso entonces á hacerle burla y le dijo: *¿Presumes pasar de Europa á Asia, cuando no puedes ir de un lecho á otro!* Esto le indispuso con su padre, y aun le obligó á salir del reino; y fuese efecto de su venganza ó de la de Olimpia, ó golpe que proviniese de la Persia, deseosa de disipar la amenazadora nube, ó bien resultado de algun resentimiento personal, el hecho es que un tal Pausánias asesinó á Filipo en las fiestas con que celebraba el casamiento de su hija, á los cuarenta y siete años de edad y veinticuatro de reinado.

CAPÍTULO XIX

Alejandro Magno.

Los Atenenses, que no tenían mas esperanza que en la muerte de Filipo, confiando respirar en cuanto empuñase el cetro su hijo Alejandro, á quien creían imbécil y vano, celebraron con indecentes regocijos la noticia del asesinato. Demóstenes, olvidando haber dicho otras veces: *Si muere Filipo, crearéis luego otro* (1), se presentó coronado de flores, y aconsejó dar gracias á los dioses y ofrecer coronas á Pausánias; pero Focion decía: *No hay sino un soldado menos en el ejército que nos derrotó en Queronea.*

Alejandro debía realizar con mas grandeza los designios de su padre, apoyado en las lecciones políticas de este y en las científicas de Aristóteles. Su natural ambición fué estimulada tal vez por la lectura habitual de la Iliada, que llamaba guía del arte militar, y cuyos héroes, mas ó menos que hombres, malearon quizá la índole del que parecia destinado á regenerar la

(1) Esta frase revela al hombre eminente, que ve nacer los grandes hechos del encadenamiento de los antecedentes, y no de las personalidades en que se manifiestan ó del pequeño accidente que comunica el impulso. Voltaire, al referir que Carlos VI murió envenenado por una seta, dice que aquella seta cambió la faz de Europa. ¡Grandiosa idea la de la balanza europea que pierde su equilibrio por el peso de una seta!

Grecia. Preguntándole si se presentaría como su padre á disputar el premio en los juegos olímpicos: *Si, contestó, siempre que sean reyes los competidores.* Oyendo enumerar las conquistas de Filipo, exclamaba suspirando: *Él lo tomará todo y no me dejará á mí nada que conquistar.* Al ver á los embajadores del rey de Persia en la corte de Macedonia, no se informó del lujo, del acompañamiento ni del trono de oro, sino de las fuerzas, de las distancias, de los caminos; por lo cual dijeron aquellos: *Nuestro rey es rico; pero Alejandro llegará á ser grande.*

A la muerte de Filipo esperaban los barones macedonios recuperar sus privilegios cercenados por aquel; pero Alejandro desbarató sus tramas y se atrajo el afecto de la aristocracia, eximiéndola del pago de impuestos y dándole los cargos mas honoríficos del ejército. En seguida marchó contra los Tribalos, los Ilirios, los Getas y los Tracios, castigándolos por su atrevida sublevación. Los Tesalios le aclamaron jefe de su gobierno feudal, y reforzado con la caballería ligera de estos y especialmente la de los Agrianos, se precipitó sobre la Grecia.

Como su reputación era tan escasa entre los Griegos, dependía su suerte futura del modo como se presentase al principio. Escribió al insultador Demóstenes: *Me llamaste niño cuando estaba en el país de los Tribalos; adolescente cuando pasé á Tesalia; soy ya hombre, y espero estar dentro de pocos días delante de Atenas.*

La Grecia estaba toda sublevada; pero á aquellas municipalidades, como á las italianas de la edad média, les faltaba el acuerdo entre sí y la perseverancia, y todo se reducía á declamaciones de oradores y á decretos no cumplimentados. Tébas, que habia asesinado su guarnicion, fué arruinada; treinta mil de sus ciudadanos fueron vendidos (1), y Alejandro no perdonó sino á los sacerdotes y á los descendientes de Píndaro. Una mujer, violentada por un Tracio, precipitó á este en un pozo. Presentada á Alejandro, le dijo: *Soy Timoclea, viuda de Teagénos, que murió en Queronea combatiendo contra tu padre por la libertad de la Grecia.* Alejandro la admiró.

Atenas se atemorizó; Demóstenes gritó que se acudiese á las armas; pero Focion dijo: *Baste á los Griegos con llorar á Tébas, no hagamos de modo que tengamos que llorar tambien á Atenas.* En efecto, apresuráronse á solicitar la paz y Alejandro la otorgó (2), con tal que le

Destrucción de Tébas. 335.

(1) Por a parte que le tocó en esta venta correspondieron á Alejandro 440 talentos (2.376,000 francos).

(2) Las condiciones de aquella generosa paz se encuentran en la oracion de Demóstenes (ó si se quiere, de Hipérides) acerca de la alianza con Alejandro: *Ἐλευθέρους καὶ αὐτόνομους εἶναι τοὺς Ἕλληνας...* Ἐάν τις τις τὰς πολιτείας τὰς παρ' ἑκάστοις οὖσας, ὅτε τοὺς ἄρκους τοὺς περὶ τῆς εἰρήνης ὀμνῶσαν, καταλύσῃσι, πολέμιους εἶναι πᾶσι τοῖς τῆς εἰρήνης μετενόουσι... Ἐπιμελεῖσθαι δὲ τοὺς συνδεδεμένους, καὶ τοὺς ἐπὶ τῇ κοινῇ φυλακῇ τεταγμένους

fuera entregados Demóstenes, Hipérides, Lipérides, Licurgo, Caridemo y otros instigadores á la rebelion; pero, presentándosele Demádes, consiguió que los perdonase, y Alejandro se contentó con el destierro de Caridemo, el cual buscó asilo en la corte de Darío.

Los Aficciones confirmaron á Alejandro en el mando general de la Grecia; la asamblea reunida en Corinto lo aclamó jefe de la expedicion contra Persia; la Pintonisa le dijo: *Hijo, nada te se resiste;* y poetas, oradores y filósofos acudieron á cumplimentarlo, excepto Diógenes el cínico, el cual, cuando se presentó el rey y le preguntó en qué podia complacerlo, contestó: *En arrimarte á un lado, para que pueda disfrutar del sol.*

Si la expedicion de Persia no era tal vez para Filipo mas que un medio, para Alejandro era un verdadero fin: confió, pues, á Antipatro el gobierno de la Macedonia, y se granjeó la voluntad de los capitantes dándole cuanto poseia, *no guardando para sí mas que la esperanza.* Los Tracios é Ilirios eran tributarios turbulentos, y él escogió de entre ellos las mejores tropas de su ejército. Dejó á la Grecia la mayor libertad en su administracion interior, prometiéndose que las facciones la debilitarian mas que su vigilancia, y en seguida, despues de celebrar la fiesta de las Musas, se aprestó á la edad de veintidos años, para acometer la mas vasta empresa que hasta entónces habian intentado los Europeos, llevando treinta y cinco mil hombres escogidos (1), á las órdenes de experimentados capitanes, sesenta talentos (385,000 francos), y víveres para cuarenta dias.

Aquel ejército, preparado ya por Filipo, se componia de toda clase de armas. Las fuerzas macedónicas que formaban el núcleo, estaban sostenidas por la caballería pesada, á la que nada igual tenia que oponer la Grecia, y que hasta excedia á la romana en armadura, número y destreza. Elegíase esta caballería entre la nobleza de Macedonia, de la cual era representante; así como la infantería, que formaba la falange, se sacaba del pueblo y representaba al pueblo hasta el punto de reunirse, siempre

Ejército de Alejandro.

ὄπως ἐν ταῖς κοινωνοῦσαις πόλεσι τῆς εἰρήνης μὴ γίνωνται θάνατοι καὶ φυγαὶ παρὰ τοὺς κειμένους ταῖς πόλεσι νόμους, μηδὲ χρημάτων δημεύσεις, μηδὲ γῆς ἀναδασμοί, μηδὲ χρεῶν ἀποκοπαί, μηδὲ δοῦλων ἀπελευθερώσεις ἐπὶ νεωτερισμῶν... Ἐκ δὲ τῶν πόλεων τῶν κοινωνοῦσῶν τῆς εἰρήνης μὴ ἔξεῖναι φυγῆδας ὀρμήσαντας ὄπλα ἐπιφέρειν ἐπὶ πολέμῳ ἐπὶ μηδεμίαν πόλιν τῶν μετεχουσῶν τῆς εἰρήνης, εἰ δὲ μὴ, ἔσπονονδον εἶναι τὴν πόλιν ἐξ ἧς ἂν ὀρμήσωσιν: ademas, que ninguna nave larga macedónica entrase en el puerto de una ciudad confederada sin consentimiento de esta. V. el *Demóstenes*, edic. de Paris, pág. 112 y 113.

(1) Esto es, 12,000 Macedonios, 7,000 aliados, 3,000 mercenarios, todos de infantería; 5,000 Odrisios, Tribalos é Ilirios; 1,000 arqueros agrianos, 1,500 jinetes macedonios, otros tantos tesalios y 600 griegos; 900 exploradores de Tracia y de Peonia; total 30,000 infantes y 4,500 caballos. Reunió ademas, como refuerzo, caballería de toda especie, y constituyó cierta clase de dragones (*λίμακος*) que combatian á pié y á caballo; muchísimos soldados armados á la ligera, y un cuerpo todo de Macedonios, á pié y á caballo, para su guardia.

que se trataba de algun asunto de mucha importancia. Á falta de amor á la libertad movian á aquellos nobles el orgullo nacional y el sentimiento de sus derechos; no eran ciegos instrumentos manejados por un jefe, sino que guerreaban como un pueblo que marcha contra otro pueblo; y así, cuando no quisieron seguirle, tuvo Alejandro que retroceder. Los Macedonios eran los únicos que le estaban adheridos por nacimiento, hábitos é intereses; á los otros necesitaba atraerlos con afabilidad y recompensas; pero nunca niveló con su nacion, para cuyos individuos eran los mandos supremos, la familiaridad, las dádivas.

Los Argiráspidas, escogidos entre la nobleza inferior, ocupaban la parte média entre la infantería pesada y la ligera, llevando lanza y escudo mas manejables, y ejecutando evoluciones mas faciles. Los otros pueblos servian en el arma en que mas diestros estaban; los Odrisios, Tribalos é Ilirios iban armados á la ligera; la caballería pesada correspondia á los Tesalios; los Tracios y Peonios eran soldados de descubierta, al estilo de los Tirolenses y Panduros: por lo demas, nada de mujeres, nada de niños, nada de chusma inútil; todo lo mas, algun carro para trasportar los equipajes.

Con estas fuerzas pasó Alejandro á Séstos en ciento sesenta naves triremes, ademas de los buques de transporte, y rindió nuevo homenaje al genio griego, prosternándose ante el sepulcro de Aquiles, y envidiándole, aunque habia muerto jóven, porque la trompa de Homero le habia asegurado la inmortalidad. Entretanto, su amigo Efestion tributaba honores á Patroclo, como homenaje á la amistad que á él tambien le ligaba al héroe macedonio; y los juegos celebrados en la tumba de ambos héroes, y los sacrificios á Neptuno, que habia destruido los muros de Ilion, renovaban el recuerdo de la primera empresa de los Helenos unidos contra los Asiáticos. Igual era la intencion con que se acometia la nueva empresa, mayor en importancia que la antigua, y á la cual solo faltó un Homero.

Persia. Veamos ahora la situacion de los atacados. Ya hemos indicado que los Persas, despues de Jérges, comenzaron á decaer. Habiendo salido de sus patrios bosques, nómadas y guerreros, levantaron sobre las ruinas de la Média un imperio cuya constitucion se resentia de la primitiva vagancia armada. Ni civilizándose perdieron la manía de las conquistas; por el contrario, cada vez llevaron mas léjos las cadenas y la destruccion; y las ruinas de Babilonia, de la Tébas egipcia, de Sidon y de Atenas fueron infausto monumento de los abusos de su pujanza. Las conquistas aumentaron el número de sus enemigos, y les llevaron en ocasiones á chocar contra algunos que, como los Griegos, los debilitaron. Las mas de las veces vencieron; pero la excesiva extension privaba de consistencia á su Estado; porque un vasto imperio no es creacion natural, y

veinte pueblos no pueden fundirse en aquella unidad que es la única que puede dar firmeza.

Contraieron, pues, sin tardanza los vicios de la civilizacion; y como acontece siempre, la molicie corrompida de los vencidos debilitó los bríos de los vencedores. Los Persas adoptaron el lujo y el despotismo de los Medos; y rodeados los reyes de eunucos y mujeres, su historia se llenó de intrigas, conjuraciones y revueltas. Aquella mescolanza de pueblos heterogéneos tenia por centros á los sátrapas de cada país, mas bien feudatarios que ministros del rey. Distantes ó independientes, ejercian estos una intolerable tiranía sobre los pueblos, y si el rey queria reprimirlos, se declaraban en abierta rebelion; pues en el despotismo hay algo de violento y desordenado, que á menudo opone al derecho la osadía de la fuerza ó las perfidias del disimulo. El ejército se componia de hordas, sin disciplina ni pensamiento comun, lanzadas á la guerra por una aristocracia.

Cuando contra un edificio semejante choca un vigoroso extranjero, sin duda alguna lo derriba, pues nada hay que esperar del honor y patriotismo de pueblos que no tienen de comun entre sí mas que la servidumbre.

Las conquistas de los Persas en el Asia Menor poco ó nada alteraron su índole y costumbres; poniendo solo en comunicacion países antes muy diversos y agitando la Grecia con los distintos partidos. La vergonzosa paz de Antálcidas aseguró á la Persia aquella parte del Asia con Chipre y Glazomene, mayormente desde que la espada de Epaminondas abatió el poder de Lacedemonia.

No estaban tan tranquilas otras provincias. Los Cadusios, habitantes del Cáucaso, derrotaron á Artajérges II (384). El Egipto se rebeló en tiempo de Nectanebo I (374), y la Persia no pudo reducirlo otra vez á la obediencia sino con las armas de los Griegos, desbaratándose la empresa, en cuanto Ificrates y Artabazo dejaron de obrar de acuerdo. En vida aun de aquel rey, tres hijos suyos se disputaron su sucesion, sostenidos por aquellas intrigas de serrallo, en las que un anciano monarca hace siempre el papel de primer esclavo. La parte occidental del imperio se insurreccionó, en union de los gobernadores de la Siria y del Asia Menor, y con los socorros de Taco, rey, de Egipto. Pero Darío, primogénito del rey, fué asesinado, y las tentativas de los demas quedaron frustradas por la traicion de Oróntes, uno de los jefes, ganado con fuerza de oro por la corte de Persia. Oco, el último de los hijos del rey, que sucedió á su padre con el nombre de Artajérges, se aseguró en el trono, exterminando á toda la familia real, y haciendo enterrar viva á su propia hermana, y matar á los personajes mas ilustres. Sin embargo, Artabazo, sátrapa del Asia Menor, se sostuvo con el auxilio de los Tebanos; y por la conducta que Filipo de Macedonia observó con él, se columbraron los designios que este meditaba respecto del Asia. Hasta los Fenicios

362.

Artajérges III. 362-368.

349. y Chipriotas, formando alianza con los Egipcios, se sublevaron; pero el rey de Persia, valiéndose de las armas griegas, y mas aun de la traicion, volvió á sujetarlos; Mentor, jefe de los confederados, le entregó á Sidon, que fué destruida (354), y la Fenicia quedó subyugada. Focion y Evágoras le impulsaron á la conquista de Chipre; y el mismo Artajerjes, habiéndose encaminado á Egipto con las tropas mercenarias, venció á Nectanebo II cerca de Pelusio, destruyó los templos y los archivos, y convirtió el país en provincia de Persia.

Este era el brillo de una antorcha próxima á apagarse. El traidor Mentor y el eunuco Bagóas se apoderaron de toda la autoridad, no dejando á Artajerjes sino un vano nombre; hasta que plugo á Bagóas envenenarlo y asesinar á todos sus hijos, reservando el trono á Arsés, el mas pequeño, para reinar él en su nombre. Dos años despues mató tambien á este, y confirió el título de rey á Darío Codomano, pariente lejano de la familia reinante.

Dario Codomano. Pero si creía que el nuevo rey habia de ser un instrumento suyo, se engañó. Darío, no educado en la molición del serrallo, como sus predecesores, mostró las virtudes de hombre y de rey; lo primero que hizo fué castigar al malvado Bagóas, y se manifestó capaz de restaurar el poder persa, si esto hubiera sido ya posible. Pero al segundo año de su mal cimentado gobierno se vió acometido por Alejandro.

La fortuna pareció en un principio querer escarmentar la temeridad del Macdonio, colocando al lado de Darío al general rodio Memnon, el cual, conociendo harto bien la decadencia del valor y disciplina de los Persas, aconsejó aquel modo de hacer la guerra que salvó de Napoleon á la Rusia, esto es, asolar al país y evitar las batallas, para concluir con Alejandro por hambre. Semejantes actos no pueden ser obra sino de una absoluta tiranía ó de un ferviente patriotismo; y el sátrapa de Frigia, que amaba sus jardines, sus riquezas y su serrallo, se negó á ejecutarlos. Entónces Memnon resolvió trasladar la guerra á Macedonia, confiando acertadamente en que por envidia y por el oro le sostendrian los Griegos contra el temido hijo de Filipo. Pero este previno su intencion atravesando con la mayor rapidez el Helesponto, y en seguida pasó el Gránico (*Lazzara*) á la vista del enemigo, á quien derrotó; victoria ménos importante, sin embargo, que la muerte de Memnon, única áncora de salvacion que tenían los Persas. Podia en parte llenar este vacío el Ateniense Caridemo, que, desterrado de su patria, como hemos dicho, ayudaba á Darío con sus consejos; pero habiendo aconsejado á este que no se expusiese al peligro de las batallas, fué por ello condenado á muerte.

Alejandro, puesta la mira en alejar á los Persas de las costas, porque en las invasiones sacaban su principal fuerza de la marina, restituyó la independencia al Asia Menor con una política que no supo imitar Napoleon respecto

de la Polonia. Por todas partes se restableció, como en lo antiguo, el gobierno del pueblo; el templo de Éfeso se alzó de entre sus ruinas; Alejandro, para demostrar á la Grecia que no vencía solo para sí, envió parte del botin á Atenas, y con los felices auspicios de sus primeros triunfos, siguió adelante. Ya la victoria no debia parecer dudosa á los Griegos, que unian al valor la inteligencia, y sabian que la presente causa era comun, y no ambicion de una sola persona; fundados en esto la favorecian, y se dejaban guiar por un pueblo nuevo y robusto, que concentraba las fuerzas hasta entónces desunidas.

Alejandro era digno de guiar á la Grecia. En lo mejor de su edad, antepuso á los gozes de un trono seguro la actividad de una obra grande. Artista, sabio, generoso, concebía con rapidez y ejecutaba con prudencia; llevaba consigo sabios é ingenieros; reunía informes; en una palabra, sentía que se trataba de una invasion mas bien de ideas que de armas, de un cambio de civilización; envidiaba la trompa épica de Homero, y queria valerse de la pluma de Aristóteles.

No era, pues, un héroe de impremeditado valor, un mero soldado, sino que aspiraba á realizar muchos proyectos de diverso género, y de extension inmensa.

En vez de una simple marcha siempre hacia adelante, siguió un plan estratégico que los Persas no supieron desbaratar. La escuadra de estos no se cuidó siquiera de disputar el paso del Helesponto: ¿qué tenia que temer tan vasto imperio de un puñado de gente que osaba poner el pié en su territorio? Sin embargo, muy evidente debia de ser la decadencia, cuando, como hemos dicho, el Rodio Memnon aconsejó no aguardar al enemigo, sino irse retirando delante de él, y al mismo tiempo destruyéndolo todo; cuando Darío no creyó poder contar con su guardia y se fió de una compuesta de mercenarios griegos; cuando el primer cuerpo que se opuso á los Macdonios lo formaban en su mayor parte estos mercenarios, y ninguno de los sátrapas obtuvo el mando en jefe. Aquellas numerosas milicias impedían las evoluciones; pero cuando Alejandro las destruyó en el Gránico, se hizo dueño de toda el Asia Griega, que formaría uno de los imperios mas grandes de hoy. La victoria no lo deslumbró hasta el punto de hacerle lanzarse á la Alta Asia; ántes bien comprendió que le convenia apoderarse en primer lugar de las provincias marítimas y hacerse fuerte en ellas; pues así le sería fácil sacar dinero y víveres para llevar á cabo su expedicion, dominar el mar, tener libres las comunicaciones, y cortar estas entre la Persia y los auxiliares que le enviaba la Grecia. Memnon, que unido á toda la aristocracia del Asia Menor tenia en un brillante estado la armada, afortunadamente para los Macdonios, no existía ya; Alejandro condujo su ejército por la costa, disponiendo que le siguiese la escuadra, y sometió



BATALLA DEL GRÁNICO.